

## PANDEMIDIARIO

### Fronteras de una pandemia: una historia de resiliencia

*A mis padres y gemela*

*Por Romy Cerón*

Después de un año de confinamiento y en el que la familia asumió con responsabilidad el no salir de casa, finalmente, tuvimos que aceptar que permanecer en ella era un privilegio del que sólo gozaban los ricos. Papá era carpintero y aunque lo ayudaba económicamente, Pierre se quedó sin trabajo y, por consiguiente, ya no podía enviarle dinero como antes. Por esa razón, mi padre tuvo que salir de casa y vender sus mesitas de centro, lo cual no era un ingreso suficiente y también le resultaba complicado porque no contaba con una camioneta, el flete costaba demasiado y por redes sociales no caía ni una sola venta. Fue así como "tocar de casa en casa" se convirtió en su modo de vida durante la pandemia.

La situación de papá me recordó nuestra infancia. Durante los años noventa, con la llegada del neoliberalismo y posterior a la crisis del 94 en México, papá perdió su empresa maderera y, por consiguiente, mamá tuvo que ingeniárselas para vender cualquier cosa que nos brindara un poco de solvencia económica en aquella época. Ella nos enseñó a bordar servilletas para que las vendiéramos a cinco pesos y siempre que alguna vecina nos compraba alguna era para nosotros una gran victoria. Detestaba venderlas, pero la felicidad en el rostro de mamá cuando caía una sola venta era el aliciente para continuar la venta. Algunas veces, preparábamos budín de almendras. Recuerdo que teníamos seis árboles frondosos que tiraban sus semillas en el patio, por consiguiente, nos subíamos a bajarlas o recogíamos las que caían al suelo. Una vez hecha la recolecta, había que romper la corteza con una piedra. Todos nos entreteníamos rompiendo almendros y a veces, competíamos por ver quién lograba juntar más en tan poco tiempo.

Mamá se dedicaba a las labores del hogar y a sembrar varios frutos en el patio porque sabía que la situación era precaria: papayas, sandías, limones, naranjas fueron los frutos que nos alimentaron durante la niñez. Pero algunas veces los frutos desaparecían porque había un ladrón en la colonia. Las vecinas hablaban del "ladrón de papayas" y creaban escenarios como Sherlock Holmes para hacer guardia y poder descubrirlo. A mamá eso no la detuvo y siguió sembrando pues "compartir" era el lema de la casa. Llegamos a tener una gran variedad de chiles de varios colores, rojos, verdes y naranjas porque a papá le encantaba el chile habanero. Mamá licuaba los chiles y nosotras la ayudábamos metiéndolos en pomos vacíos de mayonesa que previamente habíamos limpiado. El reciclaje en aquel tiempo no era opción sino algo necesario.

Habían pasado casi 25 años de aquella época de austeridad económica, pero ahora lo que daba comienzo en el mundo era una nueva crisis: el Coronavirus. El año 2020 fue clave para la humanidad en distintos sentidos porque antes de que las cifras aumentaran por casos Covid, sucedieron varios acontecimientos que despertaron al mundo, uno de ellos fue la muerte de George Floyd. Floyd era un hombre afroamericano que fue asesinado por un policía quien lo asfixió al ponerle su rodilla en el cuello. El lema *I can't breathe* o "No puedo respirar" fue el grito desesperado de ayuda que despertó la furia colectiva en varios rincones del mundo. Por consiguiente, mucha gente salió a las calles a protestar. Algunos de forma pacífica y otros no tanto. Digo salimos porque en la Universidad los colectivos se organizaron y protestaron.

Nosotros participamos en una de las manifestaciones y al mismo tiempo, vivíamos atentos a las noticias, pero en el caso de papá, él vivió encerrado en la bodega que también le servía de taller y casa. Junto a sus dos perros, Tati y Pirata, papá ocupó parte del letargo de los días, pero le vino la ansiedad porque tenía la costumbre de salir y asistir a su grupo "Una luz de vida", el cual había fundado años atrás. Papá llevaba ya casi 20 años sin tomar y su constante compromiso no

solo consigo mismo si no con los alcohólicos no le permitían ausentarse. Pero grande fue su sorpresa cuando cerraron todos los grupos por indicación del gobierno como una forma de mitigar el coronavirus. Algunos desobedecieron, pero los policías permanecieron vigilantes en cada una de las zonas de la ciudad, enviándolos de nueva cuenta a casa. Mi padre y yo nos preguntábamos qué pasaría con aquellos hombres y mujeres que apenas comenzaban a desintoxicarse del alcohol porque las consecuencias podrían ser desastrosas para las familias.

Durante la adolescencia, papá era un alcohólico empedernido que intentó varias veces dejar de tomar, lo cual derivó en que se convirtiera en alguien completamente distinto, neurótico y violento gritando por cualquier cosa incluso si no encontraba sus llaves. Esto era un somero ejemplo sobre lo perjudicial que sería el cierre de los grupos para muchas familias. En las noticias veíamos que el maltrato familiar había incrementado en varias partes del mundo y como una forma de mitigar los estragos producidos para el enfermo alcohólico se implementó la llamada Ley Seca. Por esta iniciativa los alcohólicos se desquiciaron. Supimos de casos donde gente murió por consumir alcohol adulterado con metanol y algunos incluso quedaron ciegos por ingerirlo. Esto evidenció el grave problema del alcoholismo tanto en Mérida, mi ciudad natal, de acuerdo con cifras dadas por el SINAVE (Sistema Nacional de Vigilancia Epidemiológica), así como en distintas partes del mundo.



Papá en su grupo

Me di cuenta de que el enfermo alcohólico no puede dejar el grupo A.A. porque sufre nuevas paranoias y dolencias, y en el caso de mi padre comenzaron a darle ataques de ansiedad y pánico. Algunas noches sin poder dormir me llamaba diciendo que sentía se asfixiaba. Afortunadamente, estaba acostumbrada al desvelo, por lo que permanecía despierta durante la noche y nos acompañábamos mutuamente por videollamada. Intentaba distraerlo, platicarle de mis lecturas, pero no entendía mucho, era desesperante no poder ayudarlo porque me encontraba viviendo en el país vecino, los Estados Unidos. Pasados los meses, poco a poco fuimos acostumbrándonos a la pandemia. Algunas veces nos compartíamos videos por YouTube y procuraba escribirle a diario. Fue una época bonita en el sentido que pude hablar con mi padre sobre muchos temas, aunque el miedo me invadía por ver las noticias y pensar que tanto él como mamá podían contagiarse. En aquel tiempo, la India y Brasil tenían tantos casos que ya no era posible enterrar a sus muertos. En cuanto a México, el presidente Obrador dio una serie de declaraciones controversiales al inicio de la pandemia, minimizando los efectos que tendría y mi padre, fiel seguidor de AMLO tampoco le tomaba tanta seriedad al asunto. Así que un día al saber que papá se puso enfermo, supimos de inmediato que se había contagiado.

El 20 de marzo de 2021 papá nos dijo que posiblemente había contraído el maldito virus. Con su manera tan característica de ser nos dijo que se sentía un zombie: no olía ni sentía nada y los síntomas eran los mismos que habíamos visto en las noticias. Papá estaba muy alterado y preocupado porque daba por un hecho que ya era su fin en la tierra. Incluso repartió la herencia que nunca tuvo y designó responsabilidades. Esta noticia cambió nuestra vida en muchos sentidos, pero solo restaba esperar hasta que le hicieran la prueba, la cual resultó positiva. Fue así como comenzó el temor a la enfermedad. Durante la primera semana estuvo con tos, cansancio, sin oler ni sentir gusto por nada. Hasta ese momento todo era normal de acuerdo con lo que sabíamos del coronavirus, pero papá comenzó a

perder fuerzas. A veces me decía que no podía ni levantarse para ir al baño. Yo les decía a mis hermanos que fueran a ayudarlo con sus perros, pero ellos pensaban que mi padre exageraba porque no era posible que no pudiera ni levantarse de su hamaca. En casa nadie había experimentado la enfermedad tan de cerca por lo que resultaba difícil creer que realmente necesitaba ayuda. Afortunadamente, un amigo doctor validó esto y le recetó varias medicinas que servirían para fortalecer sus pulmones según él para cuando llegara la "etapa neumónica".

Mi desesperación fue acrecentándose con el paso de los días porque no podía estar allí. En la distancia todo se vuelve difuso como una pesadilla de la que no puedes despertar. Con los problemas encima comencé a devorar todo cuanto veía, por lo que subí varias libras en una semana. Afortunadamente, durante ese periodo ya habían salido las primeras vacunas para combatir el virus. Me cuestionaba muchas cosas y sobre todo el por qué yo había recibido la vacuna antes que mis padres. Un país de tercer mundo como le llamaban a México, ¿acaso también ameritaba que sus ciudadanos lo fueran? no tenía respuestas, solo coraje e impotencia. En los Estados Unidos, Pierre y yo fuimos de las primeras personas en recibir la vacuna, pero en México llegarían meses después además que el sistema para registrarse era terrible porque debido a la alta demanda de registros en línea, la plataforma colapsó y mis padres tuvieron que esperar hasta que les enviaran un mensaje. Claro está que mi padre no pudo recibirla. La situación se tornaba complicada en países con menos recursos. Mi madre era más valiente, o al menos eso aparentaba, ella simplemente aceptaba que si le tocaba contagiarse ya era su hora porque no podía dejar de trabajar con la abuela.

En cuanto a Pierre, tuvo que hacer voluntariado para obtener una dosis ya que los primeros meses solamente ciertas personas tenían acceso, y como él ya se había graduado, pero no le dieron un contrato, tuvo que buscar otras formas de ganarse una dosis. Fue gracias a una doctora que lo vio dos días seguidos trabajando que recibió la vacuna. El tener que "ganarse una dosis" me parecía no

solo irrisorio sino absurdo. Para añadir más tensión al asunto, en ese tiempo se sumaron mis *comps* del doctorado, pero no podía pensar en mis lecturas si tenía a mi padre convaleciente en casa. El único pensamiento que podía asimilar era el tema de la enfermedad derivada de una pandemia maldita y sus repercusiones en mi padre de 60 años. Al mismo tiempo, tampoco me encontraba en una posición privilegiada porque al ser estudiante internacional varios de nosotros nos encontramos con el *estado de excepción* de Agamben, dado que la ley suspendió nuestros derechos durante ese tiempo porque la Oficina de Inmigración y Aduanas de Estados Unidos (ICE), quería que regresáramos a nuestros países, es decir, contagiarnos y tal vez morir o contagiar a nuestros familiares al regreso porque "nuestras vidas no eran importantes" aludiendo a Judith Butler.

Ellos alegaban que debido al formato online no era indispensable que permaneciéramos en los Estados Unidos. Qué importaba si teníamos parejas o seguro social. En mi caso llevaba varios años en este país y no importaba para nada. No obstante, la mayoría de los estudiantes en los Estados Unidos trabajábamos y estudiábamos por un mínimo sueldo. Afortunadamente, algunas universidades como Harvard y el Instituto Tecnológico de Massachusetts abogaron por todos nosotros, escribieron un manifiesto y recurrieron a la ley para protegernos. En consecuencia, se logró parar por un tiempo el problema/nuestro problema. No bastaba con hacernos sentir invasores porque los detractores del ICE suspendieron las visas para los estudiantes de nuevo ingreso. Esto fue complicado para algunos colegas que comenzarían el doctorado porque era necesario viajar para poder arreglar su seguro social y tener trabajo en la universidad. En mi universidad algunos estudiantes escribimos una carta dirigida a nuestros supervisores dada nuestra preocupación por el formato de las clases que enseñaríamos y que tomaríamos ese mismo año, lo cual no fue tomado con agrado por algunos, pero afortunadamente, contamos con el apoyo de nuestros profesores, quienes cambiaron el estatus de sus clases online a semipresenciales

para justificar nuestra presencia en la universidad. Esto fue solo uno de los tantos problemas que trajo el coronavirus porque la crisis económica en el mundo iba en aumento. En este sentido, veía como mi hermana Juana tenía que trabajar doble turno para solventar sus gastos y además apoyar a papá. Mi otra hermana acababa de ser despedida por su jefe puesto que en sus palabras "no rendía como antes", pero era un soberano pretexto porque acababa de convertirse en madre. En el terreno de la construcción, una mujer embarazada representa un peligro y en medio de una pandemia, fue despedida. En el caso de Juana, era cansado para ella cocinar y llevarle la comida a papá porque vivía hasta el sur de la ciudad al otro extremo de su departamento. Por consiguiente, yo siempre me encontraba preocupada por ella y por papá porque además habían puesto "el toque de queda" hasta las 11 de la noche, por lo que le resultaba casi imposible visitarlo. En dos ocasiones tuvo que explicar a los policías la situación y afortunadamente, no le pusieron multas porque comprendían las circunstancias que estábamos enfrentando. No hubiera imaginado este mismo escenario estando en los Estados Unidos.

Aquella semana me cuestioné si debía dejar todo e irme, no quería atrasarme en el doctorado, pero algo dentro de mí me decía que fuera porque estaba a punto del colapso nervioso y podría ayudar mejor a papá que estando solamente agobiada. Mi esposo comenzaba a preocuparse por mi estado de salud mental más que corporal. Así que una noche a manera de catarsis les escribí a mis profesores y a mi jefe en aquel momento. Todos aprobaron mi solicitud, un gesto de humanidad tan necesario en situaciones como aquella. Una vez autorizado el permiso, emprendí el viaje a mi ciudad de origen. Papá ya estaba peor, no comía y casi no podía hablar. La última vez que le había marcado por videollamada no podía expresar una sola palabra sin que la tos lo invadiera. Llamé a mis hermanos diciéndoles que papá estaba muy enfermo y fue entonces que todos acudieron al lugar donde vivía, papá intentaba no preocuparlos, pero en el fondo sabía que

prefería morir a ser trasladado a un hospital. Él quiso mostrarse fuerte, pero solo estaba aparentando porque no quería que lo ingresaran. Yo todavía no estaba en Mérida, pero mientras tanto, le dije a Juana que llamara al 911 sin que avisara a papá y cuando llegaron los paramédicos le midieron su pulso, su oxigenación y efectivamente avalaron mis sospechas, papá necesitaba oxígeno suplementario. Tuvieron que llevárselo al seguro social de inmediato, pero alcancé a decirle que lo quería mucho por videollamada, aunque estaba tan molesto conmigo que me ignoró por completo.

*Es solo ahora, en este momento en que tengo que evitar a muchos de los  
que me son próximos, cuando experimento plenamente su presencia, la  
importancia que tienen para mí  
(Zizek, Pandemia)*

Al día siguiente, tomé mi bus para ir a Hermosillo Sonora porque no podía pagar un vuelo directo desde Tucson. Fueron 7 horas de camino a Hermosillo, una vez allí tomaría el vuelo con escala a la ciudad de México. En ese momento para mí, el viaje fue una frontera intermitente. Cruzar no solo la garita desde Nogales-Tucson a Nogales-Sonora sino atravesar mi amado México y llegar al espacio donde mi padre habitaba, también era un cruce, un devenir del pasado al presente porque mi viaje no acababa llegando a la ciudad, sino que apenas comenzaba. Pensaba en mi padre, quien no solo había contraído el virus, sino que padecía depresión y eso se reflejaba por la forma en cómo vivía con suciedad por todos lados. Juana me había enviado algunas fotos además que pude ver lugar cuando se lo llevaron, simplemente era indescriptible.

Lo único que me alegró fue ver y abrazar a Juana al llegar al aeropuerto. Partimos hacia su departamento y hablamos sobre lo que teníamos que hacer aunado a la catarsis por la espera de noticias. Decidimos ir al hospital, pero no nos

dejaron pasar. Solamente un guardia recibía las cosas y nos pedía regresar para evitar un posible contagio. Así que no supimos de papá hasta dos días después que nos llamó el doctor para decirnos que estaba delicado, pero estable. Resultó que los de recepción confundieron los nombres y le habían marcado a otras personas cuyo familiar tenía el mismo apellido que el de mi padre. Esto era absurdo, pero una broma del destino.

Papá estuvo por más de una semana en el hospital y pensaba en la posibilidad de que muriese. No teníamos ni un espacio en el cementerio porque la familia de mi padre tenía un pleito por el mausoleo que dejó el bisabuelo. Había en él 26 criptas, pero la familia lejana reclamaba su derecho aún que ni lo necesitara. Recordé que el año anterior mi tía estuvo a punto de quedarse sin entierro porque las tías lejanas no querían que se ocuparan las tumbas porque alegaban que los muertos no podrían descansar si les colocaban otros cuerpos encima. Solo de escucharlo daba risa, pero las señoras lo decían con tal ahínco que ya incluso pensaba que podía ser cierto. La Juana me hizo despertar de mis pensamientos al decirme que solo nos devolverían las cenizas. Eso fue un golpe muy duro solo de imaginarlo. La última vez que había recibido cenizas eran de mi perro Oddy, del cual no pude despedirme porque me encontraba estudiando la maestría en los Estados Unidos. Amé tanto a mi perro que al volver y recibir sus cenizas fue un golpe emocional profundo, así que mucho menos podía imaginarme recibiendo las cenizas de papá.

Durante algunos días el silencio reinaba en casa. Solamente era interrumpido por el sonido de la alarma la cual sonaba varias veces al día. Esto era aturdidor, pero también una forma de saber que algo de él estaba con nosotras. El sonido era divertido como mi padre y cada vez que sonaba nos daba mucha risa. Mientras esperábamos noticias, algunas personas en el país vecino me preguntaban cuánto tiempo estaría en Mérida porque había trabajo que hacer. Esto me sorprendía sobremanera porque no era su problema si no el mío, pero así

transcurrió el tiempo en la espera de noticias, pero un día cuando menos lo esperábamos sonó el celular y era ¡Papá!.

Lo primero que hizo fue preguntar por sus perros, se escuchaba cansado, fastidiado y nos dijo que estaba harto de ese lugar y de ver pura gente con máscaras. Nos hizo reír, pero siendo optimista mencionó que ya se sentía bien y que pidiéramos su alta en el hospital. Era obvio que no lo haríamos, pero algo que caracteriza a mi padre es que puede ser tan insistente que supimos que pronto saldría porque seguramente lo acabarían echando del lugar por su necedad, entonces, tuvimos que pensar a donde lo trasladaríamos. A mi hermana y a mí nos llevó un par de días limpiar su bodega y casa porque había heces de perro por todos lados, esto debido a que mi hermano tuvo la gran idea de soltar a los tres perros dentro para que cuidaran su hogar. Además, durante el año se había sumado un nuevo miembro a la familia: "el botitas".



Pirata y botitas

A pesar de tener que limpiar todo el desastre de los perros, otro de los problemas al cual nos vimos expuestas fueron a las pulgas que estaban en el lugar. Tuvimos que usar enormes calcetines para evitar que nos picaran y mientras limpiábamos la bodega pensaba que papá se había quedado atrapado en cierto umbral del tiempo: los espacios cubiertos de polvo y aserrín, sus muebles que ocupaban el espacio destinado a la sala, herramientas tiradas, clavos, y los perros casi anoréxicos. Este

escenario me hacía recordar la niñez porque una parte de la casa estaba destinada a su taller. La depresión que mi padre tenía se veía por las condiciones del lugar, al hablar con un buen amigo bromeábamos sobre el *Síndrome de Diógenes* aludiendo al hecho de mi padre podría tener ese problema.

Pasaron varios días hasta que el doctor nos dijo que papá podía regresar a casa con oxígeno suplementario, pero teníamos un problema, no había un buen lugar donde llevarlo. Mis hermanos con sus parejas no tenían espacio suficiente en su casa y tampoco contaban con el tiempo para responsabilizarse. En cuanto a la familia de mi padre estaba distanciada desde hacía varios años atrás. Y sobre el dinero, cada vez tenía menos ahorros y en la universidad pagaban hasta el mes de mayo y finales de agosto volvíamos a cobrar. Esto implicaba que tuviéramos que ahorrar para los meses venideros a menos que te asignaran una o dos clases en junio o julio, lo cual dependía de varios factores. En aquel tiempo no había head en el Departamento por lo que la asignación dependía de varias personas. Muchas veces quise opinar que se debía dar prioridad a los estudiantes internacionales porque no podían trabajar fuera del campus además que era importante poder viajar para ver a la familia o por situaciones agravantes como la que estaba enfrentando. La salud mental también era un tema que tenía que ser tomado en serio. Además, los gastos de avión y hospedaje eran demasiados altos dependiendo del lugar de origen y eso sin contar el pago de renta, utilidades y comida. Sabía de una buena amiga de Ghana, África que varias veces solicitó enseñar en diciembre, pero no fue considerada. En mi caso, afortunadamente, contaba con el apoyo de la familia de mi esposo y tenía algunos ahorros porque había solicitado trabajo durante diciembre, alegando que Pierre no recibió contrato para Spring mientras ingresaba al doctorado. En ese sentido mis solicitudes fueron escuchadas. Además, para junio estaba programada nuestra boda la cual había cambiado varias veces de fecha por la pandemia. Por consiguiente, comencé a deprimirme de solo pensar que mi padre no podría acompañarme o me faltaría en ese día especial.

A pesar de todo, lo más importante en ese momento fue resolver el tema de las pulgas que estaban en la bodega. La fumigación era costosa y tendrían que ser varias dosis para que se murieran por completo. La Juana y yo, llamamos a distintos lugares, pero al final optamos por buscar soluciones caseras, así que miramos algunos videos en YouTube y rociamos vinagre de manzana en el piso. Al no tener opciones donde moverlo, pensamos en la posibilidad de trasladarlo al complejo donde vivía la Juana, pero no fue posible porque los inquilinos ya habían mostrado su desacuerdo por temor a contagiarse de Covid-19. La supervivencia comenzaba a cobrar un sentido de paranoia colectiva. Finalmente, resignadas, aceptamos que no había otra opción, sino que volviera a su casa. Así que nos alistamos para ir por él, pero hubo un problema con la burocracia que tuvimos que esperar más de ocho horas sin que nadie nos diera noticia de papá. Estuvimos paradas frente al hospital con el sol en cara, buscando una sombra o metiéndonos en la tienda más cercana. Semanas de no verlo, sabiendo que es el gran día y ningún pelafustán nos decía que estaba pasando, ambas estábamos bastante enojadas sobre todo porque mi padre sabía que saldría y si no sucedía estaría muy preocupado.

Llamamos varias veces a la oficina de administración hasta que cerca de las 10 de la noche alguien se compadeció de nosotras y nos dio un número del jefe de ambulancias. Esta persona nos pidió que no dijéramos su nombre. Fue un alma bondadosa y miedosa del sistema impune. Cuando logramos contactar al jefe de la ambulancia nos explicó que había sucedido: ambos turnos estaban en constante pleito y los de la mañana no quisieron llevarse a mi papá y los de la tarde tampoco. Lo dieron de alta desde las 2 de la tarde, pero como era cambio de turno nadie quiso hacerse cargo. Fue algo sorprendente porque los derechohabientes pagan por un seguro médico como mi hermana, no era gratuito y quienes trabajan allí debían cumplir con su labor, lo cual no hicieron.

Al día siguiente nos atendieron mejor porque ambas discutimos con el personal por su ineptitud. Finalmente, permitieron que una de nosotras entrara, pero con varias precauciones, me pusieron un traje tipo astronauta y me trasladaron a la parte trasera del hospital. Allí estuve sentada hasta que pasó una mujer muy amable que me preguntó a quién iba a recoger y grande fue su sorpresa al decirle quien era mi padre porque ella le prestaba su celular para que hablara con nosotros. Me contó cómo se portaba mi padre y que había desquiciado a los doctores porque ya quería irse, incluso un día se cayó de la cama porque el doctor le dijo que si tanto era su afán de salir, que lo hiciera, él le daba permiso. Pero mi padre tan débil azotó por debajo de la cama causando la risa y confusión de los enfermeros. La mujer se despidió con una enorme sonrisa y en ese momento, dos hombres vestidos, efectivamente, como "astronautas" salieron del lugar transportando a un hombre en camilla. En ese momento vi su pelo blanco asomar y cuando nuestros rostros se encontraron, su cara se iluminó, estaba feliz, pero con un dejo de reproche porque nos esperaba desde el día anterior.

En el camino observaba a papá porque se veía muy delgado, pero tan característico de él, no dejó de hablar en todo momento. La Juana venía detrás en su carro, siguiendo el paso, pero hubo un momento en que nos alejamos porque la ambulancia iba demasiado rápido. Papá me decía que estaba sorprendido de que todos los que estaban a su alrededor fueran intubados. Entre las historias que me narró, hubo una señora con la que hablaba diario hasta que un doctor se acercó y le tomó la mano para decirle que tenían que intubarla. Dice papá que no sabía cómo reaccionar ni tampoco supo que decirles. Hubo otro señor con el que hizo negocios cuando saliera, pero lo trasladaron a otra sala y no supo más de él. Los enfermeros le contaron a papá que el *Propofol* que le ponen a los enfermos cuando los intuban les causa daño renal y posiblemente no despierten.

Estábamos tan felices porque pensamos que ya estaba fuera de peligro, pero no fue así, papá solamente estuvo bien la primera semana, los dos primeros

días comió un montón, eso era buena señal porque es muy tragón. Platicamos mucho y se sintió triste de que nos fuéramos, pero no podíamos quedarnos en ese lugar. Le dije que no había el suficiente espacio, pero que volveríamos al día siguiente, no quise externar mi incomodidad por las pulgas porque si bien pudimos eliminar algunas, todavía hacía falta que fumigaran. En ese momento no reparamos en la hoja de alta que nos dieron y tampoco preguntamos sobre el seguimiento que debía tener, pensando que nos llamarían o que habría más indicaciones en el papel. La hoja daba unas instrucciones para la respiración, pero nada de medicinas. Eso fue muy extraño y mi padre estaba preocupado porque dependía de muchas medicinas para sentirse bien, la presión, diabetes, próstata etc. Como estábamos tan felices de volver a verlo no reparamos en ello, grave error.

Con el paso de los días, papá comenzó a toser por todo, no podía ni levantarse para abrirnos la puerta cuando íbamos a comer con él. Este periodo fue el más difícil porque mi padre se transformó en una persona completamente exigente e irritable. Nos exigía y nos culpaba por situaciones pasadas y por haberlo abandonado en el hospital, claramente sabía que había pasado, pero para él, nosotras éramos las culpables. Al estar estresadas, le respondíamos y acababa siendo un ambiente muy tenso y desagradable. Al mismo tiempo, tuve diferencias con la Juana por lo que decidí mudarme con mi madre. Ella me recibió por unos días porque se iría a vivir con su pareja. Esos días encontré un poco de paz porque mi madre siempre ha tenido una personalidad tranquila. También me pidió que revisara mis cosas porque no podía llevarse todo al nuevo hogar. Mientras conversábamos, me regaló una antología de poemas que había publicado con un colectivo en Argentina, uno de los poemas que incluyeron fue el siguiente:

*Tu misión en la vida no se limita a dar reposo.  
Porque en el breve momento en que se te requiere  
tu corazón es capaz de dar el más tierno sentimiento  
al traspasar el calor que inspira cualquier poema. ("Anhelos")*

Fue extraño ese proceso, volver y darme cuenta de que ya todos tenían una propia vida, incluso no conocía a la pareja de mi madre. Recordaba que, en el año 2016, al mudarme a los Estados Unidos todos vivían en la misma casa, pero cada vez que regresaba, el escenario era distinto porque cada uno había tomado su propio camino. La casa donde viví los últimos años antes de mudarme al extranjero ya era ocupada por otras personas, y esta nueva casa, guardaba secretos de mi madre y mis hermanos, pero no míos. Lo único que me pertenecía eran libros y peluches, así que tuve que donar a la causa varias de mis cosas, no sin antes tomarles muchas fotos. Durante ese tiempo no visité diariamente a mi padre porque estaba ahorrando dinero para pagar los gastos de su casa y los perros, a quienes vacunaron. Fue difícil sortear la situación familiar, pero tomé algunas medidas para ahorrar, decidí cocinar bastante para que le durara la comida por dos días y así me ahorraría el Uber porque no sabía manejar. Compré varios *topers* para llenarlos de comida. Pero al octavo día cuando fui a visitarlo me di cuenta de que estaba mal porque no había tocado la comida. Allí me preocupé porque otra vez no podía hablar ni moverse sin que comenzara a toser. Entonces, comenzó nuevamente la pesadilla. Le puse el oxímetro en su dedo, tenía 92. Pero si intentaba sentarse o caminar bajaba a 88. Decidí esperar para ver si mejoraba, pero, al contrario, comenzó a deteriorarse. Dos días después ya el oxígeno no le funcionaba bien y llegó a 85. Así estuvo hasta que una noche me quedé con él porque pensé que si se moría al menos estaría conmigo. El rotundamente había dicho y pedido que no lo llevemos nuevamente al hospital, por consiguiente, acudí a Juana para un consejo. Ella fue a visitarnos, pero tuvo que regresar porque debía trabajar al día siguiente así que permanecí con él. Me hizo un espacio en su hamaca y me acosté a su lado. Él me dio la espalda, pero su respiración era terrible, parecía como si tuviera un gato atorado en el pecho porque sonaba como un chillido. Había llovido días atrás y la casa estaba húmeda. Por consiguiente, había frío y lo tapé lo más que pude. Anteriormente habíamos limpiado por lo que ya ni siquiera había cobertores dado

que tiré todo lo que estaba en el camino porque me daba asco debido al desastre de los perros.

Esa noche no pude dormir y recordé nuevamente la niñez. Aunque por momentos fuimos felices a pesar de las carencias, fue difícil para mí el aceptar que quizá pronto se iría de nuestras vidas. Los momentos se aglutinaron en mi memoria: su perfume, el olor a tabaco, la camisa de cuadros que usaba para ir al grupo y su enorme barriga que siempre lo han caracterizado. Pero verlo así, flaco y débil, acurrucado del otro lado de la hamaca viviendo en un pasado del que no había podido desprenderse me dio una infinita tristeza. Pensaba en la casa y sus muros inquebrantables que atesoraban nuestras memorias. Aquella noche, entre los *flashbacks* del pasado le pedí a papá que por favor no se muriera porque cada vez que miraba su oxigenación bajaba más y mi corazón sentía que se apagaba a la par del suyo. Hasta que miré una vez más y apareció el número 78. Pensé que era su fin así que a manera de susurro le dije: Te amo pa.

*El ser amado no se opone a nosotros, es uno con nuestro propio ser; nos vemos a nosotros solo en él, aunque ya no es un nosotros: es un acertijo, un milagro [ein Wunder], algo que no podemos comprender . . .*

(Hegel)

El cansancio me venció y me quedé dormida, pero a la mañana siguiente cuando abrí los ojos, papá todavía respiraba. Decidí entonces que era el momento de hacer algo. La Juana y yo habíamos pensado en llevarlo a casa de mi tía. Ella fue un ángel que apareció en el momento indicado, hermana de mi padre que durante algún tiempo fue monja, había renunciado a esa vida monástica debido a la censura que había dentro del convento. Su bondad no era parte de un sistema, pero ella había decidido permanecer en el amor, motivo por el cual volvió a la ciudad. Tía llegó a la casa y todas sabíamos que a papá la parca lo tenía agarrado de la mano a un paso

de llevárselo al *Xibalbá* si no hacíamos algo, así que alquilé una ambulancia particular para moverlo a otro lugar. Papá no quería, vociferó, casi pataleó, pero ninguna cedió. Una vez instalado en casa de mi tía, quiso ir al baño, pero era algo difícil para él. Llevaba varios días con estreñimiento, así que finalmente cuando terminó sus necesidades, estaba mal, podía ver la cara de la muerte en su rostro y no paraba de toser, incluso se asfixiaba. Me asusté tanto que llamé a mi tía diciéndole que debía marcar al 911.

Todas sabíamos que si lo ingresaban solo podían pasar dos cosas: vivir o morir. Por consiguiente, lo abracé y le pedí que no se muriera pues era su deber estar en mi boda. En ese momento quizá fui un poco egoísta, pero no quería pensar en que me faltaría. También pensé que era importante que mis hermanos hablaran con él, así que le marqué a Juana que estaba en un pueblo por trabajo, mi hermano iba en camino y la mayor estaba ocupada con su bebé. Afortunadamente, poco a poco la tos se apaciguó hasta que llegaron los paramédicos. En este momento, tuve una discusión con ellos porque mi padre les dijo que ya se sentía bien y, por lo tanto, no querían llevárselo e incluso uno le recetó medicina. Comencé a molestarme por la insistencia de mi padre, mi hermano que ya había llegado y la de los paramédicos porque todos alegaban que "ya estaba bien". Les dije que era su responsabilidad llevárselo pues no les estaba preguntando, pero mi padre enojado gritó: ¡Si no salgo, será bajo su conciencia!. Esas palabras se quedaron impregnadas en mi memoria, pero mi tía se me acercó y me dijo que había hecho lo correcto.

Seguir a la ambulancia fue una misión casi imposible. Fue un milagro que no nos estrelláramos con algún otro carro porque mi tía iba a mil por hora, pero una vez en el hospital, estuvimos esperando un veredicto hasta que salió un doctor. Nos dijo que papá estaba grave y que si no reaccionaba al oxígeno lo iban a intubar. Nosotros queríamos permanecer allí, pero el doctor nos convenció de volver a casa porque no tenía sentido esperar afuera si de todos modos no podríamos entrar. A la mañana siguiente, cuando nos llamaron al celular sentimos que el corazón se nos

encogió. El doctor nos dijo que papá estaba estable porque milagrosamente durante la noche subió su oxigenación, pero le estaban haciendo estudios para saber porque había regresado y así poder explicarnos los riesgos a los cuales se enfrentaba. Mientras tanto nos dijo que podíamos regresar o llamar, pero siempre reiteró que marcar era menos riesgoso que estar yendo al hospital.

Yo me quedé en la casa de mi tía durante ese tiempo. Era extraño para mí no tener donde estar como familia. Había estado ya en tres lugares distintos y sentía que cada vez que regresaba a Mérida ya no me pertenecía. Papá estuvo varias semanas en el hospital, pero Juana y yo nos turnábamos para visitarlo y llevarle cosas. En ese sentido, ambas nos preguntábamos sobre las personas que realmente se encuentran solas como las personas sin hogar o como les llaman en los Estados Unidos, *homeless*. Sin Juana hubiera sido difícil sostener la situación: un día era llevar jabón, almohadas o algún libro. También sabíamos por los enfermeros (que ya nos conocían) que papá andaba armando su revuelta en la sala de urgencias porque no lo dejaban usar el celular. Además, que lo tenían aislado de todos los demás porque ese hospital era solamente para gente contagiada por Covid pues le llamaban el "Covidiario". Pero en el otro hospital ya no había camas disponibles y hasta que se desocupara alguna lo trasladarían. Nosotras estuvimos yendo diario para ver qué pasaba porque su condición, aunque era estable, podía complicarse en cualquier momento. A esto se sumaba que ambas nos sentíamos culpables por no haber sido más consideradas con él. Lo abandonamos prácticamente una vez que salió la primera vez creyendo que mejoraría por sí solo. Pero también las circunstancias no nos ayudaron, además de la incompetencia de algunas personas en el hospital porque nadie nos dijo que debíamos hacer y también nosotras no preguntamos confiando en que la hoja señalaría los pasos a seguir. Solamente especificaba que papá hiciera ejercicios con un popote y cada vez que alguien llamaba al celular de mi hermana era un doctor distinto, esto era un poco desesperante porque teníamos que preguntar lo mismo varias veces.

Posteriormente, en una de las llamadas, una doctora muy amable nos dijo que papá contrajo una bacteria neumónica mientras se recuperaba y, ese fue el motivo por el cual volvió a decaer. Por consiguiente, el "hubiera" fue la constante en mi cabeza durante todo ese tiempo. Tres semanas después nos informaron que podían trasladarlo a otro hospital o podíamos llevarlo a casa con las atenciones y cuidados necesarios. Amablemente tía ofreció su casa y así lo hicimos. Al principio se pusieron difíciles porque no era la casa de mi padre, la cual estaba registrada con el seguro, pero luego de una batalla telefónica accedieron a llevarlo a otro lugar.



Foto de archivo personal

Las primeras semanas fueron complicadas porque papá siempre decía que hubiera preferido morir. Decía que había aceptado su muerte y que ahora era un estorbo. No podía caminar y le daba trabajo comer. Realmente era difícil sostener el ambiente en casa porque su humor era insoportable. Un poeta querido y al que admiro mucho Roger Campos Munguía me dijo alguna vez que *las palabras son cuchillos que nos hieren*. Mientras tanto, en casa de mi tía decidí ocupar mi tiempo escribiendo la genealogía familiar porque quería saber un poco más de mi padre. Aunque se la pasaba durmiendo, por momentos breves platicaba con él sobre la familia paterna. Conocí parte de su pasado, de su caballo y cómo le gustaba montar a una "yegua tramposa" le decía tramposa porque siempre que corría se detenía para aventarlo. Fue interesante conocer más sobre él al mismo tiempo que conviví más con mi tía y mi tío, ambos hermanos de mi padre, hacían sesiones nocturnas

sobre las llamadas "constelaciones familiares". Esto era una forma de sanar el pasado familiar. En una ocasión nos invitaron a participar, pero mi papá decía que era una pérdida de tiempo y que no les hiciera caso. En realidad, no le gustaba hablar de sí mismo.

Con el paso del tiempo, papá mejoró bastante. Aprendí a ser casi enfermera y supe que limpiar la bacinica de un enfermo es el acto de amor más grande que se puede hacer por alguien. En cuanto al seguro médico, en medio de una pandemia solamente había un neumólogo en el hospital donde asistía mi padre, además de que era prepotente como ningún otro. Mi padre le hacía preguntas y lo ignoraba por completo. Mi hermana Juana puso una queja en la institución y la última vez que asistimos a la cita nos ignoró debido a esto. Sentí que la bilirrubina se me subió y le dije a mi padre que nos fuéramos, pero antes, le dije al médico que era su trabajo responder a nuestras dudas, por eso mismo pagábamos un seguro. Claro que era reducido del pago de mi hermana. Por consiguiente, decidimos llevarlo con una neumóloga particular. Ella nos dijo que papá tenía fibrosis pulmonar y que debíamos cuidarlo mucho y así lo hicimos durante los meses siguientes, pero en mi caso, tuve que volver a la ciudad en julio debido a la responsabilidad con la revista. Lo mejor de todo fue que la boda pudo llevarse a cabo en junio con mis padre y madre presentes. Bailamos el clásico baile de padre-hija, lo cual fue no solo mágico sino milagroso, aunque luego mi padre dijo que casi se muere por el esfuerzo, pero en ese momento no dijo nada.

Dado lo anterior, volver a mi tierra tiene muchas implicaciones. Un buen amigo me dijo que "la ciudad son las personas que amamos", pero creo que algo de nosotros se queda en ella. A pesar de haberme ido a los Estados Unidos ya por casi ocho años, siento que aún le pertenezco a Mérida. Quizá porque mis memorias se construyeron con mis padres y hermanos en distintos espacios que nos vieron crecer. En cuanto a mi padre es un guerrero y si continúa vivo fue producto de un milagro o de las circunstancias, no lo sé, pero nunca olvidaré aquella noche cuando

me quedé a su lado. Estuvo a punto de ser intubado en dos ocasiones. Vio morir a la gente que estaba a su lado, con quien conversó, bromeó e incluso "hizo negocios" cuando salieran, pero solo él regresó.

Para nosotras, la experiencia de vivir con una persona contagiada con el coronavirus fue desafiante y nos aturdió en todo sentido. Sin embargo, algo que siempre tuvimos en claro Juana y yo es que si mi padre no hubiera contado con seguro social posiblemente no hubiera sobrevivido; si yo no hubiera llamado al 911 en el momento oportuno a pesar de las negativas de papá, hoy no estaría con nosotros, pero sobre todo si no nos hubiéramos vacunado a tiempo, el viaje habría tomado otro sentido. Debido a la desinformación hubo quienes pensaban que las vacunas eran formas de control o creían formas de conspiración y se negaban a usarlas por lo que los *antivacunas* se convirtieron en un riesgo para todos.

Nosotras conocimos varios casos de gente que no pudo pagar por el oxígeno suplementario o no supo cómo actuar ante las circunstancias. En situaciones como una pandemia es necesario pensar críticamente y contribuir al cambio para que todos tengan derecho a un seguro social independientemente del lugar de origen. Deberán pasar muchos años para que esto suceda, pero, así como los chilenos pudieron revocar la constitución heredada por Pinochet y los colombianos están cambiando el rumbo de su historia, las manifestaciones por el racismo en los Estados Unidos también dejaron huella en la historia, lo cual fue importante para cambiar un poco el sistema policial. Entonces, un día, los estadounidenses se unirán y no para incendiar el capitolio sino para proclamar "Seguro médico gratuito para todos".

En cuanto a México, el servicio que se provee debe ser de calidad por el pago que se hace. En varias ocasiones trataron a mi padre como un objeto y no como a un ser humano. La Covid-19 mostró la vulnerabilidad del sistema de salud, pero también nos enseñó los efectos colaterales que hay en medio de una crisis pandémica como el alcoholismo, el maltrato familiar y la necesidad de gozar de

buena salud mental. Durante este periodo, leí *Pandemia* (2020) y recuerdo que Žizek mencionaba que "lo único que está claro es que el virus destruirá los mismísimos cimientos de nuestra vida, provocando no solo una enorme cantidad de sufrimiento, sino también un desastre económico posiblemente peor que la Gran Recesión" (12). La pandemia evidenció la precariedad del sistema de salud pública en muchas partes del mundo. En este sentido, el sufrimiento para muchas familias fue perder a sus padres, abuelos e incluso hijos, pero a pesar de todo pronóstico, mi padre sobrevivió, por lo que aprendimos a perdonar, sanar y a convivir mejor a raíz de una segunda oportunidad. Por ello durante su estancia en el hospital, nos la ingeniamos para enviarle algunos detalles que le hicieran recobrar el sentido de seguir con nosotros mostrándole lo importante que ha sido en nuestras vidas. El hecho de estar presentes durante todo este tiempo le hizo darse cuenta de que nuestro amor por él sigue a pesar de haber tomado caminos distintos. Por consiguiente, mientras se recuperaba en el hospital, le enviamos entre los libros, una foto especial, en ella tenemos entre cinco y diez años, estamos subidos en un trineo ilusionados por ver a Santa Claus . . . queríamos que supiera que allí estábamos esperándolo para abrazarlo una vez más.

Žižek Slavoj. *Pandemia: La Covid-19 estremece al mundo*. Anagrama, 2020.